



Día 11 - Nosotros somos esclavos de Cristo y de María - Tratado [68-77]

[Audio [Youtube](#)] [Audio [SoundCloud](#)]

Segunda verdad.

Por medio del bautismo, nos hemos convertido en esclavos de Jesucristo, por lo tanto debemos esforzarnos por llevar fruto para la gloria de Dios, haciéndolo reinar en nuestras almas, porque Él nos ha conquistado con su sangre. De hecho Jesús mismo con tantas parábolas afirma nuestra pertenencia a Él y nuestro deber de dar fruto, como hace por ejemplo cuando nos compara a un rebaño que debe multiplicarse y dar leche y del cual Él es el pastor. Al contrario, Jesús maldice la higuera infructuosa y condenó al siervo perezoso que no había hecho producir el propio talento. Todo esto prueba que Jesucristo quiere recoger algún fruto de nosotros, es decir, de nuestras buenas obras. San Pablo escribe: *“En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicaríamos”* (Ef 2,10). Estas palabras muestran que Jesucristo es el único principio y fin de todas nuestras buenas acciones, y que debemos servirlo, no sólo como siervos asalariados, sino más bien, como esclavos de amor.

San Luis María, explica el sentido de la palabra “esclavo”, haciendo las debidas distinciones (recordemos que él ha vivido a finales del 600 e inicio del 700): “Hay en este mundo dos modos de pertenecer a otro y depender de su autoridad: el simple servicio y la esclavitud. Mientras con el servicio uno se compromete a servir a otro durante cierto tiempo y por determinado salario o retribución, con la esclavitud, en cambio, uno depende de otro enteramente, por toda la vida y debe servir al amo sin pretender salario ni recompensa alguna”. Por otra parte afirma que existen tres tipos de esclavitud:



a. La esclavitud de naturaleza: De este modo todas las creaturas son esclavas de Dios *“Del Señor es la tierra y cuanto la llena”* (Sal 23,1).

b. La esclavitud forzada: Que es la propia de los demonios y condenados.

c. La esclavitud voluntaria: La cual es la más perfecta y la más gloriosa para Dios, que escruta el corazón, nos lo pide para sí y se llama del corazón o de la voluntad amorosa. Efectivamente, por esta esclavitud, se elige a Dios y su servicio por encima de todo lo demás, aunque no estuvieras obligado a ello por naturaleza.

Asimismo, aclara la diferencia entre el siervo y el esclavo, diciendo: “El criado no entrega a su patrón todo lo que es, todo lo que posee ni todo lo que puede adquirir por sí mismo o por otros; el esclavo en cambio se entrega totalmente a su amo, con todo lo que posee y puede



adquirir, sin excepción alguna. El criado exige retribución por los servicios que presta a su patrón; el esclavo, por el contrario, no puede exigir nada, por más asiduidad, habilidad y energía que ponga en el trabajo. El criado puede abandonar a su patrón cuando quiera o al menos, cuando expire el plazo del contrato; mientras que el esclavo no tiene derecho a abandonar a su amo cuando quiera. Por último, el criado está al servicio del patrón sólo temporalmente; el esclavo, lo está para siempre”.

Como no existe nada entre los hombres que los haga pertenecer uno al otro, cuanto la esclavitud, del mismo modo no hay nada entre los cristianos que los haga pertenecer a Jesucristo y a María como la esclavitud voluntaria.

Reiteradas veces en las Sagradas Escrituras, los cristianos son llamados siervos de Cristo. Antiguamente, la palabra siervo se usaba para indicar solamente a un esclavo, porque entonces no existían los siervos. Nosotros, por tanto, no podemos pertenecer a Cristo como siervos con sueldo, sino como esclavos, que movidos por un gran amor se consagran a su servicio en calidad de esclavos. Todo lo que hasta ahora hemos dicho de Jesús, lo podemos referir, sin duda también a María Santísima porque como dicen los santos: *“Todo lo que conviene a Dios por naturaleza, conviene a María por gracia”*.

Según los santos, es lícito llamarse esclavos de amor de la Santísima Virgen para de este modo ser más perfectamente esclavos de Jesucristo. Ella, de hecho, no es como las otras criaturas, a las cuales si nos apegamos a ellas, pueden separarnos de Dios en lugar de acercarnos a Él. La inclinación más fuerte de María es unirnos a su Hijo Jesucristo, del mismo modo que el deseo más fuerte del Hijo es que vayamos a Él por medio de su Santa Madre. El santo concluye con esta afirmación: *“Si alguno no quiere que nos llamemos esclavos de la Santísima Virgen ¿qué más da? ¡Hacerte y llamarte esclavo de Jesucristo es hacerte y proclamarte esclavo de la Santísima Virgen! Porque Jesucristo es el fruto glorioso de María”*.

Prácticas de preparación - Día 11 - Meditación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de tener un gran deseo de ser grato a los ojos del Señor, y de tener como fin único de mis elecciones fundamentales la vida eterna, sin dejarme seducir por el espíritu del mundo.

3) Lectura ¿Cómo combatir el mundo? (De Antonio Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*).

c) Tercer propósito: Considerar la vanidad del mundo: el mundo pasa velozmente: *“La apariencia de este mundo pasa”* (1 Cor 7,31) y con él se desvanecen sus placeres y sus



concupiscencias: *“El mundo pasa con sus concupiscencias; pero quien hace la voluntad de Dios permanece eternamente”* (1 Jn 2,17). No hay nada estable bajo el cielo, todo se mueve y se agita como el mar cuando arrecia la tempestad. El mundo cambia continuamente sus juicios, afirmaciones, gustos y caprichos; a veces reniega de aquello que primero había aplaudido con frenesí, yendo de un extremo al otro sin escrúpulo, permaneciendo sólo constante en la facilidad de la mentira y de la obstinación por el mal. Todo pasa y se desvanece, sólo Dios no se muda, decía Santa Teresa; y con Él permanece su verdad: *“La verdad del Señor permanece para siempre”* (Sal 116, 1); su palabra: *“La palabra de Dios permanece para siempre”* (1 Pe 1,1); su justicia: *“Su Justicia permanece para siempre”* (Sal 110,3); y aquel que cumple su divina voluntad: *“Quien hace la voluntad de Dios permanece eternamente”* (1 Jn 2,17).

“No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen y ladrones que socavan y roban. Amontonad más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6, 19-21).

He aquí cómo vive en concreto quien busca su tesoro en el Cielo: *“Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron; y tomando la palabra, les enseñaba diciendo:*

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros” (Mt 5, 1-12).

Oraciones - Día 11

Letanías de la Humildad [Audio [Youtube](#)] [Audio [SoundCloud](#)]

(Del siervo de Dios, cardenal R. Merry del Val)



Letanías de la Humildad

Señor ten piedad – *Señor ten piedad*

Cristo ten piedad – *Cristo ten piedad*

Señor ten piedad – *Señor ten piedad*

Jesús, manso y humilde de corazón – *Óyeme*

Jesús, manso y humilde de corazón – *Escúchame*

Después de cada invocación, decir: Librame

Jesús

Del deseo de ser estimado,

Del deseo de ser amado,

Del deseo de ser ensalzado,

Del deseo de ser honrado,

Del deseo de ser alabado,

Del deseo de ser preferido a los demás,

Del deseo de ser consultado,

Del deseo de ser aprobado,

Del temor de ser humillado,

Del temor de ser despreciado,

Del temor de ser reprendido,

Del temor de ser calumniado,

Del temor de ser olvidado,

Del temor de ser puesto en ridículo,

Del temor de ser injuriado,

Del temor de ser juzgado,

Después de cada invocación: Concédeme oh Jesús

El conocimiento y el amor de mi nada,

La perpetua memoria de mis pecados,

La persuasión de mi mezquindad,

El aborrecimiento de toda vanidad,

La pura intención de servir a Dios,

La perfecta sumisión a la voluntad de Dios,

El verdadero espíritu de compunción,

La obediencia sin reserva a los superiores,

El odio santo de toda envidia y celos,

La prontitud en el perdonar las ofensas,

La prudencia de callar en los asuntos ajenos,

La paz y la caridad hacia todos,

El ardiente deseo del desprecio y de las humillaciones y de ser tratado como tú y la gracia

de saber recibir todo esto santamente,

Después de cada invocación, decir: Jesús, concédeme la gracia de desearlo

Que los demás sean más amados que yo,

Que los demás sean más estimados que yo,

Que en la opinión del mundo, otros sean engrandecidos y yo humillado,

Que los demás sean preferidos y yo abandonado,

Que los demás sean alabados y yo menospreciado,

Que los demás sean elegidos en vez de mí en todo,

Que los demás sean más santos que yo, siendo que yo me santifique debidamente,

Oh María, Reina, Madre, Maestra de los humildes, *Ruega por mí*

Oh todos los justos, santificados especialmente por el espíritu de humildad, *Rogad por nosotros*

ORACIÓN. Oh Dios, que resistes a los soberbios y das tu gracia a los humildes, concédenos la virtud de la verdadera humildad, de la cual tu Unigénito mostró a los fieles el ejemplo de su persona; para que no provoquemos nunca tu indignación exaltándonos en el orgullo, sino más bien, podamos someternos humildemente para recibir los dones de tu gracia. *Amén.*